DOCUMENTO DE TRABAJO
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE
NUMERO 181, Junio 1983.

LA REESTRUCTURACIÓN SOCIALISTA
DE LA DEMOCRACIA EN CHILE.

Augusto Varas

Trabajo preparado para el proyecto "Redemocratización de la Sociedad Chilena", patrocinado por CETRAL (Paris) y la Academia de Humanismo Cristiano.
Esta Serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.
RESUMEN

A partir de la ineludible relación entre libertad y propiedad se discuten los compromisos teóricos y prácticos de las actuales alternativas para una redemocratización en Chile.

Considera que el mito del iluminismo desarrollista, en la medida que propone y promete una futura abundancia, oculta el carácter endógeno de la escasez. Se propone como criterio de reorganización social una estructura de distribución igualitaria de lo escaso, así como la eliminación de todas aquellas otras formas de organización económica, social y política que lo incrementen tendencialmente.
<table>
<thead>
<tr>
<th>ÍNDICE</th>
<th>Página</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>La globalidad de la crisis</td>
<td>1</td>
</tr>
<tr>
<td>Igualdad y propiedad</td>
<td>7</td>
</tr>
<tr>
<td>El mito del iluminismo desarrollista</td>
<td>14</td>
</tr>
<tr>
<td>La socialización económica y política como eje de la democratización</td>
<td>25</td>
</tr>
<tr>
<td>Notas</td>
<td>37</td>
</tr>
</tbody>
</table>
La globalidad de la crisis

La discusión de las alternativas democráticas para el futuro del país debe partir reconociendo el carácter global de la crisis nacional.

A la incompetencia de las instituciones y cultura política democráticas en 1973 se le han sumado las profundas fragmentaciones del ideal constitucional en las fuerzas armadas, así como la debilidad de nuestra administración de justicia para proteger los derechos humanos. Si todas estas perturbaciones las situamos en el contexto de un fracaso económico sin antecedentes, no podemos sino reconocer que cualquier alternativa futura debe repensar a la sociedad chilena desde sus cimientos.

Una de las consecuencias de tan dramática experiencia ha sido el constatar que el capitalismo chileno -su empresariado- fue incapaz de organizar un modelo de economía y sociedad capaz de sostenerse con sus propias fuerzas, aun cuando concentró la totalidad del poder político para hacerlo. El fracaso del intento de desestatización de la vida económica terminó mostrando que el experimento se hizo a imagen y semejanza de nuestro empobrecido empresariado, esto es esencialmente dependiente, en esta ocasión del financiamiento internacional.

La revalorización de las formas de convivencia democrática se hace, por lo tanto, a la luz de las imposibilidades que ha mostrado el capitalismo autoritario para poder cum-
plir con sus promesas de abundancia, i.e. casa, auto y teléfono para la mayoría de los chilenos.

La masiva rebelión de sus bases de apoyo en los actuales momentos de crisis no es sino la expresión de la profunda impotencia y frustración de quienes, en 1973, optaron por preservar el principio originario del capitalismo chileno: acumulación privada sin redistribución, frente a la inminencia de una redefinición del mismo.

Se podría analizar el contenido de esta opción a partir de la seducción que ejerció sobre las capas empresariales la posibilidad de estrechar las relaciones con el mercado y las finanzas internacionales. Sin embargo, lo que en 1973 podría haber aparecido como la redención de la acumulación privada local vía incorporación al mini-ciclo expansivo internacional, en 1980 se transforma en condena colectiva por incapacidad de haber prefigurado la brevedad de tal fase.

Todo lleva a pensar que la crisis nacional que nos ha tocado vivir, y el futuro que deberemos sobrevivir, tendrá que construirse reflexionando sobre las causas más profundas de esta conmoción. Ello implica repensar teóricamente las intrincadas relaciones entre economía y política en nuestra sociedad, así como las traumáticas incomunicaciones entre la democracia y las alternativas capitalistas y socialistas que hasta ahora se nos han ofrecido.

Una segunda consecuencia de estos casi diez años de go-
Bien ha sido la constatación de que las formas democráticas en Chile fueron incapaces de someter a una parte consistente de la sociedad al espíritu de las leyes. El constitucionalismo formal, que en la mayoría de los casos impidió una firme adscripción a un ideario democrático, ha fracasado como cultura política. Sin embargo, la propia crisis a la que el autoritarismo capitalista nos ha llevado ha implicado una revalorización masiva de las formas y contenidos democráticos de convivencia.

Las alternativas que hoy día se discuten en el seno de las fuerzas opositoras se elaboran, por lo tanto, en un contexto de agotamiento de las posibilidades económicas y políticas del régimen, por lo que los dos grandes damnificados de la crisis -la democracia y el capitalismo- requieren ser sometidos a un severo escrutinio y discusión nacional. El problema que se plantea en la actualidad es cómo re establecer un orden social que teniendo en cuenta estas dos situaciones de agotamiento, conjugue en una sola propuesta sus virtualidades y limitaciones. Esto implica reconocer la inviabilidad de las estrategias de crecimiento centradas en la acumulación privada para proporcionar crecimiento y desarrollo y, simultáneamente, aceptar que las meras formas democráticas son insuficientes para redefinir nuestra organización política y, al mismo tiempo, evitar la reproducción de esta crisis en su misma profundidad.

En consecuencia, no basta con una respuesta sobre las formas democráticas, como tampoco es suficiente un proyecto económico que sea la expresión simple del mínimo común

denominador. Aun cuando esta respuesta tiene la bondad de acoplar con facilidad las formas políticas a las bases de la organización económica, difícilmente puede aspirar que a través de meras reglas del juego se estructure una salida nacional a la crisis que active adhesiones mayoritarias y que no contenga el mecanismo de relojería de su propia autodestrucción.

Si la organización de la economía chilena sobre la base de la acumulación privada, sea bajo la forma de un estado intervencionista o abstencionista, ha contenido tal potencialidad de conflicto político, ¿es posible organizar a esta misma sociedad en términos políticos y económicos dando cabida a tan inevitable confrontación de intereses sin poner en peligro el conjunto de su existencia institucional?

La atracción que ejerce la posibilidad de una redefinición simple de la sociedad chilena en términos económicos, por un lado, y políticos, por el otro, radica en la falsa percepción de que la gran crisis se produjo por una inoportuna combinación de dos procesos de agotamiento que no se habían anteriormente relacionado. Si por el contrario se lee la reciente historia política-económica chilena como un solo proceso que es necesario entender unitariamente, difícilmente se mantiene en pie el maniqueísmo conceptual que genera formulaciones alternativas al régimen militar enfatizando tanto las formas de organización, como la posibilidad de que las reglas del juego democrático puedan sobrevivir a una estrategia de acumulación centrada en la actividad privada.
Las alternativas que en estos momentos están en juego, aun cuando no sean evidentes en el campo de la lucha política, implican la reorganización global de nuestra sociedad, o bien la implementación de ciertos cambios que, de manera gradual, producirán una restauración.

Para una tarea de este tipo el mundo contemporáneo no nos proporciona ejemplos lo suficientemente atractivos o exitosos como para encontrar en ellos referentes aptos de adaptación. La tarea es, por lo tanto, inédita. Quizás por que el provincialismo conceptual de nuestras élites político-intelectuales -revestido de cosmopolitismo- ya ha cobrado demasiadas víctimas, o bien por que los propios modelos referenciales muestran su agotamiento, el hecho es que hay pocas alternativas preconstruidas o pistas de búsqueda proyectual.

Las economías de mercado muestran sus dificultades de expansión en un orden internacional por ellas creado que impide su propia acumulación ampliada después de tres décadas de crecimiento sostenido. El Tercer Mundo se erige así en categórico mentís a las promesas del capitalismo desarrollado para arrastrarlo en su vía de desarrollo. Lo mismo sucede, desde otro ángulo, con los socialismos realmente existentes. En ellos, las dificultades políticas a la plena participación se convierte en imposibilidad de lograr un crecimiento sostenido. Capitalismos y socialismos se deben así en un obscuro callejón sin salida.
que se han puesto en cuestión los contenidos mismos de la organización social chilena, las alternativas que se imaginen para el futuro deberán establecer las condiciones materiales de la democracia, así como las condiciones políticas del desarrollo. Igualmente, la falta de referentes o modelos hace que este esfuerzo colectivo sea genuinamente autóctono.

Las ideas que siguen a continuación son un ensayo de reflexión sobre las premisas para una redefinición democrática de nuestra sociedad*

* Agradezco a los participantes del "Programa de Formación de Jóvenes Investigadores" de FLACSO, por la oportunidad e interés con que debatieron algunas de nuestras principales afirmaciones. De esa discusión no sólo obtuve nuevas e inesperadas luces, sino que encontré una exigente postura intelectual. Con todo, la responsabilidad de las líneas que continúan es exclusivamente mía.
Igualdad y propiedad

La escurridiza tenacidad del orden social ha estado siempre permanentemente complicada por la estrecha relación que se ha establecido entre propiedad y poder político. Puesto en otros términos, entre propiedad y capacidad de decidir o incidir relevantemente en la toma de decisiones con alcance nacional.

El conservadurismo inherente de los pensadores liberales alatar propiedad y participación política, enunciado quema que Mecpherson ha llamado de individualismo posesivo, no sólo impedía transformaciones políticas necesarias sino que atentaba contra la propia estabilidad del orden social asiderado. Observamos que en los años del siglo XX la gran mayoría de los políticos conservadores y liberales en el mundo son defensores de propiedad privada.

Esta dificultad ya era advertida por Rousseau, cuando indicaba que "un estado de sociedad es ventajoso para la humanidad en general sólo cuando todos poseen algo, y mínimo, de ellos tiene demasiado". Con todo, el igualitarismo rousseaniano no logra dar cuenta de las bases sociales de la desigualdad, por lo tanto, no puede avanzar en una propuesta igualitaria radical. De tal forma, el igualitarismo de Rousseau difícilmente puede aportar a la superación del liberalismo posesivo de Mecpherson, o de un Hayek en la actualidad. En el razonamiento como único autoridad ya en su época, el logro de una sociedad democrática y comprensiva es efímero. Sin embargo, el igualitarismo parece contenido en la teoría democrática liberal, pudiera permanecer y adquirir vigencia histórica, a pesar de sus aporías conceptuales.
producto de la enorme capacidad expansiva del capitalismo industrialista, tanto en sus etapas iniciales como durante gran parte del presente siglo. De la misma manera, la democracia y el capitalismo fueron conjugados como términos armónicos y complementarios debido, principalmente, a la gran expansión interna e internacional de las formas productivas centradas en el capital industrial, originalmente, y financiero con posterioridad. De tal forma, sea en sus lugares de origen o bien en aquellas áreas donde se nacionalizaba como una promesa histórica, la expansión capitalista proporcionó un horizonte liberalizador y democratizador difícil de negar. El capitalismo consolidó así la imagen de ser la posibilidad histórica del ideal democrático. Por estas razones, precisamente cuando esta relación y vínculo visceral hace crisis, es que surgen los intentos por re-legitimar los estrechos nexos entre la democracia y las formas de producción y propiedad capitalista. El trabajo de Ralph Dahrendorff, en parte, puede ser leído en tales términos, en la medida que intenta la imposible tarea de ligar la ampliación de las libertades democráticas con una creciente socialización del poder económico en la fase monopólica del desarrollo capitalista.

La crítica más radical a este vínculo entre capitalismo y democracia vino como derivación de las principales tesis marxianas sobre el capitalismo. Sin embargo, es necesario establecer que las afirmaciones sobre la funcionalidad de las formas democráticas más desarrolladas a la producción y organización capitalista de la sociedad son pos-
teriores: Marx nunca valoró en sus justos términos la naturaleza del estado capitalista, considerándolo permanentemente como el "comité ejecutivo de los negocios burgueses". Sin embargo, las evoluciones posteriores del mismo, partidario a través la ampliación del sufragio y la puesta en práctica de nuevas e inéditas formas de participación, forzaron el reconocimiento de una mayor complejidad de las formas estatales en el capitalismo industrial. No obstante, se mantuvo la afirmación de la permanente funcionalidad de las formas democráticas con la organización social del capital.

De esta forma, la crisis de las democracias capitalistas fueron concebidas, por parte de la crítica de izquierda, fundamentalmente de sus dificultades y crisis económicas. Como un contrapunto y negación permanente de tales predicciones, el capitalismo desarrollado implementa diversas respuestas que le permiten sortear las crisis y, aun más, que escoja mantener e incluso ampliar las libertades civiles y políticas: El estado de bienestar, tan consolidado en las democracias europeas, así como los efectos del New Deal de Roosevelt, se volvieron albergar en eficiente repica a las críticas teóricas y prácticas formuladas por los sectores anti-capitalistas. Incluso y a la vez, el estado capitalista desarrollado iba generando nuevas realidades, creando e secretando una especie de "mayor autonomía relativa", sin crear intereses plurales sísticos que decían relación con agregaciones no proveniente del clásico ordenamiento de clases sociales, que surgen como
sombras proyectadas desde las cavernas de la economía. 4/ 

Expansión y modernización del capitalismo, así como la evolución del estado capitalista hacia nuevas formas de funcionamiento golpearon ideológicamente y políticamente a los críticos que desde la izquierda y apretrechados con una ortodoxia ideológica seguían esperando y prediciendo la crisis de ese capitalismo producto de su incapacidad para cumplir con sus ímplicitas promesas de bienestar general y de socialización de los frutos del crecimiento y del desarrollo. 5/

La histórica fortaleza del capitalismo occidental parece tender a decrecer en la última década y la crisis es definida, desde sus propios círculos intelectuales, como el inicio del fin de una era de expansión internacional y de acumulación ampliada a escala mundial. 6/

Los efectos de esta crisis se sienten con fuerza amplificada en aquellas áreas donde la expansión capitalista no pudo alcanzar etapas de crecimiento autosostenido. Particular daño causa la crisis en condiciones de un reciclamiento capitalista como el observado en los países del Cono Sur. En este contexto, la histórica relación entre democracia y organización capitalista de la sociedad se hace trizas. Sea producto de la abdicación de las clases propietarias para mantener e incluso profundizar las formas democráticas, sea como consecuencia de la impaciencia para reformular la propia organización social, el hecho es que en la periferia se escuchan los ecos cada vez más nítidos de las voces que en los centros capitalistas desarrollados afirman la ingober-
nabilidad de las democracias.

La predicción rousseauiana cobra así una imprevista vigencia frente a un sistema que sufre las consecuencias de su propia incapacidad para socializar los frutos del crecimiento y del desarrollo. La concentración de los beneficios económicos, a escala mundial y nacional, característica de la organización capitalista tal como ella se experimenta en el centro y la periferia conspira una vez más contra la posibilidad, ya no del igualitarismo económico, sino contra el propio igualitarismo político. De tal manera, las formas cesaristas de gobierno en los países periféricos subdesarrollados adquieren creciente notoriedad.

Se podría decir que la crítica anti-capitalista puede "comprobar" en medio de la crisis global del sistema sus principales afirmaciones. En la medida que la propia organización de la producción y circulación de las mercancías impide una acumulación ampliada, tanto en términos locales como internacionales, esta misma forma de organización de la sociedad entra en crisis.

Sin embargo, esta crítica se hace desde el mismo marco conceptual al interior del cual el capital afirmó su eterno enlace con la democracia.

En efecto, la crítica a la democracia capitalista se realiza con la argumentación sobre su incapacidad para socializar tanto el poder como los frutos del crecimiento. Incluso ambas limitaciones se funden en una sola gran dificultad para conjurar las alienaciones políticas y económicas.
La gran incapacidad del capitalismo radicaría en la definitiva y simultánea separación del individuo respecto de su producto laboral, así como de los destinos de la polis.

Esta enajenación, necesariamente requerida por la propia forma de las relaciones entre trabajador y producción, igualiza las dificultades en el plano político y económico. Así, en la medida que el trabajador no posee ni es propietario de los medios de producción y de su producto, en la misma medida no es calificado para acceder a los ámbitos de toma de decisión política.

Desde esta perspectiva, propiedad y participación vuelven a unificarse en un mismo paradigma conceptual, con la diferencia que ahora se apunta a una base material, objetiva, real y existente; que está actuando como freno al bloqueo a la democratización. Aun cuando esta forma de analizar las tensas relaciones entre propiedad y democracia ofrece superiores perspectivas de integrar las sociedades modernas, particularmente las periféricas, al interior de su marco conceptual no se desarrolla con suficiente fuerza el tratamiento de las nuevas formas de participación política que de alguna manera complican esta relación simple entre propiedad y democracia.

En la medida que la crítica anti-capitalista hace recaer el peso argumental contra la organización política en el capitalismo, en la forma de organización económica, ella pierde de vista el hecho de que no todas las formas de organización política están encadenadas a ella. De tal manera,
esta crítica no ha podido desplegar plenamente su capacidad analítica sobre el estado capitalista desarrollado y, lo más importante, no ha podido imaginar formas de organiza-

ción política que no se correspondan con una organización económica de corte capitalista. Las dificultades de los socialismos realmente existentes son una buena muestra de tales incapacidades.

Lo que hizo el pensamiento democrático-liberal al no considerar que la libertad política era imposible de ser realizada sin socializar la propiedad, el pensamiento soviético oficial lo hace al no considerar que la mera socialización de la propiedad no hace posible, en forma mecánica y automática, la libertad política.

Después de todo automático, un análisis constructivo del problema.

Desde el punto de vista de aquellos que se quieren analizar las nodos relaciones entre propiedad y libertad llegamos a la conclusión que ellas no pueden ser analizadas en forma unívocas ni pueden ser reflexionadas aisladamente.

Libertad y propiedad están históricas y conceptualmente soldadas. Resolver los nudos y aporías de una implica necesariamente enfrentar los mismos problemas con la otra. En consecuencia, la posibilidad de imaginar un nuevo orden social para Chile implica no sólo establecer las nuevas formas de reglas del juego en lo económico y en lo político en forma separada, sino en formular una respuesta de conjunto sobre la totalidad de la sociedad que se quiere construir.
El mito del iluminismo desarrollista

Además de los similares problemas conceptuales en la teoría democrática liberal y la crítica anti-capitalista a la misma, hay un segundo nivel de convergencia que se hace evidente en la actual coyuntura de crisis global. Nos referimos al iluminismo desarrollista contenido en ambos paradigmas conceptuales.

A la promesa de orden, el liberalismo democrático anticipó una prosperidad futura que se asociaría a la plena libertad de los individuos. Las formulaciones de Hayek o Friedman, en la actualidad, nos recuerdan las afirmaciones de Adam Smith cuando decía que la plena libertad en "el comercio y las manufacturas gradualmente introducen orden y buen gobierno, y con ellos, la libertad y seguridad de los individuos, entre los habitantes de un país, que han vivido antes casi siempre en un continuo estado de guerra con sus vecinos y de dependencia servil respecto de sus superiores"7/.

Sin embargo, tal como lo mencionábamos anteriormente, al no establecer la relación menos evidente y más profunda entre propiedad y libertad, los pensadores liberales y neoliberales han fracasado en la comprensión de las dificultades para llevar a cabo tales promesas. Así, la profundización y radical desestatización por la que abogan los neoliberales puede leerse como el reflejo distorsionado de su constatación de la imposibilidad de producir bienestar general sobre la base de una total privatización del capital social.
Desde el punto de vista de la crítica anti-capitalista, si bien los términos se alteran, la promesa de un futuro posible de plena satisfacción de las necesidades es de igual naturaleza y lleva a una sociedad sin política, sin mercancías, sin fuerzas productivas, sin lanzamiento un signo obviamente retroceso.

En la medida que la crítica anti-capitalista indica que es imposible socializar los frutos del desarrollo sin alterar radicalmente la organización económica y política de la sociedad, al mismo tiempo está afirmando que una vez que se remueven los obstáculos al pleno desarrollo de las fuerzas productivas (relaciones sociales de producción que alcanzan a todo el cuerpo social), éstas podrán crecer sin limitaciones, satisfaciendo la totalidad de las necesidades sociales. "El proletariado usará toda su supremacía política para arrebatar, gradualmente, todo el capital de la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado...y para incrementar la totalidad de las fuerzas productivas lo más rápido posible... cuando... toda la producción haya sido concentrada en las manos de una vasta asociación de la nación; el poder público perderá su carácter político". La eliminación de las clases y de sus antagonismos recrearán, si bien en otro nivel, las condiciones de armonía y reconciliación de todo social consigo mismo. El estado habrá desaparecido junto a los antagonismos clisistas, con política al suelo.

Desde este punto de vista, las tesis neo-liberales contienen el mismo tipo de promesa, pero con otro contenido. Para ellos, "se hace legítimo tomar precauciones en contra de nuestro deslizamiento inadvertido hacia el sistema so-
cialista, mediante estipulaciones constitucionales que priven al gobierno de los poderes discriminatorios de coerción, incluso para lo que en el momento pueda ser considerado un buen propósito. Sólo una vez que la política sea "derrocada", cada individuo tenga su propiedad y desaparezca toda autoridad supra-individual será posible esperar el bienestar general. De ser así deben aumentar las leyes de seguridad, y todas las instituciones deben ser fundadas en el retorno al antiguo gobierno, resulta interesante observar que el iluminismo desarrollista inherente tanto al neo-liberalismo, así como a la crítica antecapitalista, se relaciona con la promesa de prosperidad interrumpida, satisfacción masiva de necesidades y el fin de la política. Desestatización total del poder políti
críticas alternativas de sociedad que tensionan a los individuos y clases ofreciendo un mismo horizonte de plena libertad y satisfacción material.

El iluminismo desarrollista implícito tanto en la promesa de una sociedad socialista como en la utopía liberal, termina condicionando la libertad política a la posibilidad de satisfacer las necesidades materiales.

Para la crítica anti-capitalista la destrucción de las trabas al pleno desarrollo de las fuerzas productivas implica la eliminación de toda forma de opresión política. Para el neo-liberalismo el desarrollo de las potencialidades del capitalismo, sólo es posible como consecuencia de la total desaparición de la regulación, su opresión según ellos, del estado.
Puesto en términos históricos, esto ha significado que la democracia, o la plena libertad política, ha sido restringida, limitada, suspendida o eliminada bajo el argumento de la imperiosa necesidad de desarrollar las capacidades productivas. La sociedad ha terminado hipotecando, autoritaria o inadvertidamente, su libertad en beneficio de una ficción de abundancia material.

El rechazo a pensar la sociedad como permanente escasez cobra sus víctimas, de diversas formas, pero de manera igualmente eficaz cuando esta aspiración iluminista se materializa como proyecto político de nuevo estado. La afirmación de que los intereses sociales son representados objetivamente por ese nuevo proyecto conlleva la promesa y aspiración subliminal de que a través de él estaremos cada vez más cerca de un estado de naturaleza o, más bien, natural. El todo social reconciliado consigo mismo podría contemplar, por segunda vez, su propia identidad colectiva en plena armonía y satisfacción. Este mito del iluminismo desarrollista transformado en proyecto político es una de las fuerzas impulsoras más poderosas para inhabilitar políticamente a la ciudadanía. La utopía de una sociedad sin escasez ha producido demasiadas víctimas y victimarios como para seguir siendo aceptada sin una crítica radical.

Se podría decir que se ha tomado al pie de la letra el mandato bíblico de dominar la tierra y, lo más grave, se ha creído posible su plena realización en la historia. Aun cuando el iluminismo desarrollista se fortaleció como ideología...
lógica transcontinental a medida que la expansión del capital, y de las fuerzas productivas en los socialismos, mostraba posibilidades embriagadoras, se terminó por confundir el futuro con el presente. Si se compara el incremento de la capacidad técnica de producción con las crecientes necesidades, nuevas o insatisfechas, difícilmente se podría aceptar la posibilidad de alterar esta asimetría esencial. El hedonismo que empapa al iluminismo desarrollista como subideología de soporte queda al desnudo tanto en su existencia como lógica argumental implícita, como en sus insuperables limitaciones.\(^{12}\)

En condiciones de viejas y nuevas necesidades masivamente insatisfechas, la tremenda asimetría y desbalance entre éstas y los recursos para su satisfacción, indica que el mito del iluminismo desarrollista viene a ejecutar la función de sublimador de la creciente insatisfacción material.

A esta crítica conceptual debe sumarse la consideración no despreciable de la enorme cantidad de individuos que aún no resuelven el problema de la más elemental sobrevivencia. Si bien, la revolución tecnológica ha abierto nuevas posibilidades también abre nuevas necesidades en un mundo donde los recursos tienden a disminuir en términos absolutos.\(^{10}\) En condiciones de un incremento sostenido de la población y, por lo tanto, del aumento exponencial de las necesidades, el desbalance entre éstas y los recursos existentes, y por existir, muestra que el mito de la abundancia sobre el cual descansa el iluminismo desarrollista carece de toda justificación.
En América Latina, y en general en el Tercer y Cuarto Mundo, la escasez define a la totalidad de sus estructuras y condiciona sus procesos internos. Quizás la originalidad de estas áreas es el erigirse en comprobación de que el mito del iluminismo desarrollista sólo puede validarse para ciertas regiones centrales y, por lo tanto, para ninguna. Pero más allá de esta pobre originalidad, América Latina muestra que la escasez, junto con definir sus estructuras y procesos, se le impone con el peso de su mal distribuida carga a nivel mundial. En consecuencia, a la escasez inherente a la realidad social se le suma una distribución regresiva de la misma a escala mundial.

Sin embargo, esta emergencia de la escasez como rasgo de nuestra realidad nacional lo es también como elemento esencial de la existencia misma de la sociedad. La primera se sobreimpone a la segunda agudizando sus rasgos y generando una secular crisis de inestabilidad del orden. Según Sartre, "decir que nuestra Historia es la historia de los hombres o decir que ella nace y se desarrolla en el cuadro permanente de un campo de tensiones engendrado por la escasez, es todo uno."

Frente a esta imposición de la escasez como realidad y concepto de intolerabilidad de la sociedad, el mito del iluminismo desarrollista -sea en el neoliberismo o en su crítica anti-capitalista- aparece como una expresión de deseos, como una declaración de intenciones frente a una realidad que se tiende a negar y que contiene en sí misma la imposibilidad de la abundancia y de la reconciliación.
del todo social consigo mismo. Por estas mismas razones se puede decir que "la opresión (política o económica) es una praxis de violencia basada en la interiorización de la escasez".  

La escasez como rasgo esencial de la vida social si bien no puede desaparecer en el curso de la historia, es agudizada por formas de organización social que irritan y aumentan sus tensiones y contradicciones. La organización capitalista de la sociedad indudablemente incrementa las tensiones sociales y conspira contra el orden en la medida que no ayuda para nada en la atenuación de las mismas. Por el contrario, las excita al introducir una fisura adicional en el cuerpo social, tal es la expropiación o enajenación económica.

La incomprensión de que la escasez -entendida ésta en términos sartreanos- actúa a la base de todos los procesos sociales, sean estos económicos o políticos, puede llevar a la conclusión de que sea a través de la privatización del poder político que propugnan los neo-liberales, o a través de la socialización de la propiedad como lo plantea la crítica anti-capitalista, es posible superar la escasez y reali zar el mito de la abundancia.

Por el contrario, el pleno reconocimiento de ella y su incorporación como elemento definitorio de cualquier proyecto de nueva sociedad permitiría establecer que, si bien es necesario erradicar las fisuras y escasez propias de una forma determinada de organización económica, tal es el ca-
capitalismo, la escasez como elemento fundante de lo social no desaparecerá. Quizás, más aún, ella tenderá a expresarse como marginalidad (o escasez) política. En consecuencia, no podría esperarse el fin de la política. Por el contrario, lo que se puede esperar es que se sigan adoptando decisiones sobre los excedentes, pero ahora sin la doble complicación de las fisuras y enajenaciones económicas más rígidas como las que hace vivir el capitalismo, en forma particularmente aguda en las periferias. Se producirá un conflicto entre escasez y excedente que sobreviviendo en la medida que la escasez define las formas de organización social y política (no todos pueden poseer lo mismo e influir de la misma forma), la constitución de los agentes o actores sociales se realiza ya no sobre la base de una consideración parcelada de "intereses", sean estos políticos o económicos, sino sobre la base del efecto simultáneo y combinado de todas las formas de organización de la escasez y por lo tanto, del control del excedente, sobre el agregado social existente en un momento determinado. En la simultaneidad y combinación de los efectos de la escasez sobre los individuos, poner en acción determinaciones sociales y socio-sociales... En la medida que sus efectos difícilmente pueden tener resultados unívocos, dadas las diferencias tanto en la naturaleza individual como en la previa existencia de lo individual en cuanto ser social. La constitución de las clases sociales se estructura en torno a la particular combinación de los efectos generados por la escasez sobre una organización social que va procesando y reaccionando, continua y diferentemente frente a
la distribución de la misma y al control del excedente. La dialéctica social se presenta así como el conjunto de acciones y transformaciones de las estructuras generadas por la escasez a partir de la praxis colectiva que influye sobre la organización social como un todo.

De tal forma, sería tan inconducente el dividir a la sociedad en clases puramente económicas o donde los intereses económicos estén o sean determinantes, como hacer abstracción de este tipo de fisuras y tratar lo político como posible fuera de las determinaciones tanto de la escasez general, como de su especificación en la propia economía.

Lo importante de estas consideraciones es que las limitaciones analíticas denunciadas, también se manifiestan en los proyectos de nueva sociedad o en las alternativas de redemocratización en regímenes autoritarios.

En la medida que en este tipo de regímenes la escasez ha cobrado masivamente sus víctimas en lo económico y político, es imposible intentar su re-ordenación, o echar las bases de un nuevo orden, sin considerar que ella estará o permanecerá como estigma, incluso agudizado por estas experiencias en el futuro. Si no la estabilización efectiva, está en la base de cualquier proyecto de transformación de la sociedad, en su sí.

En consecuencia, además de reconocer que una propuesta política no puede obviar el problema de la propiedad, así como una estrategia de desarrollo, no puede obviar el problema de la distribución del poder-político, es necesa-
rio enfatizar que cualquier alternativa que trate de combinar creativamente ambos límites debe someterse conceptual y materialmente al dictado de la escasez, abjurando del iluminismo desarrollista más allá de las justificaciones dadas por la crisis mundial o el endeudamiento nacional. Mientras la escasez no se incorpore a la conciencia colectiva como elemento constitutivo y esencial de ella, se seguirá pensando que los sacrificados en aras del mito iluminista del desarrollo son el precio necesario para alcanzar la nueva sociedad ideal.
La socialización económica y política como eje de la democratización.

Las alternativas para la reconstitución de la convivencia nacional deben considerar lo profundo de la crisis, de manera de que las propuestas formuladas no impliquen una vuelta al pasado más reciente. Para evitar esta regresión es necesario partir del reconocimiento de la escasez como situación original y terminal de la vida social. Por lo tanto, integrada como axioma estructurador de cualquier proyecto democrático para el país. El que ella haya dominado durante los últimos años no significa que estemos viviendo un período excepcional. Por el contrario, en estos años sólo hemos presenciado su agudización.

La aceptación del axioma de la escasez es fundamental para establecer las premisas de la re-democratización. Esto implica reconocer el principio rector de que es preferible y deseable su atenuación o disminución, dentro de los límites de lo posible, sin por ello creer, y prometer, su eliminación absoluta. Si aceptamos que es preferible sufrir una menor escasez que una agudización de ella, debemos afirmar la exclusión de aquellos proyectos de organización social alternativa que no eliminan las estructuras generadoras de escasez. Cualquier propuesta que no proponga la eliminación de sus aceleradores difícilmente puede aspirar a fundar un orden estable.

La primera premisa de re-ordenamiento democrático del país implica afirmar la incapacidad de las formas de organización social alternativa que no eliminan las estructuras generadoras de escasez. Por lo tanto, integrada como axioma estructurador de cualquier proyecto democrático para el país.
zación capitalista de nuestra sociedad para disminuir los costos de la escasez y reducirla en términos relativos. Cualquiera sea la forma de regulación del proceso de acumulación centrado en la propiedad privada de los medios productivos, no puede sino llevar a nuevos niveles de concentración y centralización; tanto de estos medios como de los frutos generados por tal crecimiento. La libertad política, tal como lo percibía Rousseau tiende a ser crecientemente incompatible con la organización capitalista de la sociedad.

El que los fenómenos de concentración y centralización de la propiedad productiva se traduzcan en expansión absoluta de la riqueza en los centros capitalistas desarrollados, al costo de incrementar la escasez para la periferia -cuestión reafirmada por todos los intercambios Norte-Sur- sólo comprueba los rasgos concentradores y centralizadores de tal esquema de funcionamiento a nivel global. Igualmente, los efectos internos de esta acumulación si bien se expresan en incrementos absolutos de las tasas de crecimiento para tales centros, ellas también esconden una realidad de marginación y exclusiones económicas y sociales al interior de sus propias fronteras.

De esta forma, se podría conceptualizar al capitalismo periférico como un acelerador privilegiado de la escasez, tanto absoluta como relativa al interior de sus sociedades. En aquellos casos en los cuales disminuye su presencia en términos globales -Brasil-, ello se ha realizado al enorme costo de aumentar en términos igualmente globales la marginación y exclusiones políticas. De aquí las gran-
des dificultades de sus élites para incrementar la estabilidad del orden político sin disminuir o alterar el estado económico global; en el caso mexicano no se pudo el "alego
era derivado de su persistente caída de la balanza de comercio"

Lo mismo sucede en las socialdemocracias europeas donde en la actualidad se establece un claro contrapunto con las promesas del "capitalismo orgaizado". En el caso particular del gobierno galés se muestra, sin lugar a dudas, que toda la virtualidad del éxito de su programa de redistribución y empleo radicaba en la mantención del miniciclo expansivo de la economía capitalista mundial. En la medida que esto no sucede, fracasa o se ve reducido su programa gubernamental y se debe enfatizar la acumulación en aquellos sectores productivos relativamente reñidos con la prosperidad social, tal es la producción de la industria bélica. En el caso de los Estados Unidos, la situación es mucho más evidente. Aquí ya se debe abandonar el propio new deal y castigar fuertemente a los sectores más excluidos y marginales en beneficio de la salvación de una expansión centrada en la acumulación de los grandes conglomerados. En ningún caso lo que se busca es el "alego" derivado de su persistente caída de la balanza de comercio. Quién no puede lo menos, difícilmente podrá lo más. El capitalismo como forma de organización social no sólo no ha podido establecer un orden global apto para disminuir tendencialmente y en forma relativa la escasez absoluta sino que ha incrementado las carencias tanto absolutas como relativas en las periferias nacionales.
superar el fetichismo económico, o economicismo, que invade algunas propuestas de reorganización democrática del país. Ya hemos visto que desde diversos ángulos se tiende a convertir al desarrollo económico en una condición para la libertad política.

En la medida que el iluminismo desarrollista se impone como utopía política, en ese mismo momento es esperable una restricción o limitación de las libertades individuales y colectivas. El problema del iluminismo desarrollista es que al ofrecer abundancia para todos, si se realizan plenamente los intereses de algunos, activa al mito como factor sublimador de los costos políticos que inevitablemente hay que pagar para poder lograr esa meta de prosperidad general.

Por tales razones, es importante destacar que el igualitarismo en el acceso a oportunidades y beneficios sociales y económicos no puede constituirse en base de la estabilidad de un régimen democrático. En la medida que la escasez actúa en forma permanente y dado que ella se agudiza en determinados momentos, el movimiento de restricción de oportunidades y beneficios alteraría en forma indudable la estabilidad democrática. Por estas razones, el populismo como base de estabilidad política muestra todas sus desventajas como constitución de orden político.

Este economicismo también lo encontramos en aquellas propuestas que afirman la posibilidad de estabilidad del orden democrático como consecuencia de la agregación de intereses económicos, en el marco de una organización capita-
lista de la producción. De aquí la explicación del por qué se estima posible el acomodo entre trabajadores y em presarios. Las fuentes del economicismo comentado radican en la constatación de un conflicto que aparece vestido de características económicas, pero que en el fondo expresa una alta y radical oposición entre dos formas polares de concebir la repartición de la escasez.

En efecto, el conflicto que estalla en 1973 no fue en lo principal una confrontación de intereses puramente económicos, ni las alternativas que hoy día se debaten apuntan a un mero mejoramiento de los mismos. Por el contrario, por muy económica que sea su presencia éste no quiere decir que el conflicto se hubiera sido por lo tanto económicamente, o éste haya desempeñado un papel determinante.
da. De igual forma, en Chile un eventual ciclo expansivo de una economía capitalista "organizada" no resolvería la propia estructura de repartición de escasez cuando ese período terminara. Por estas razones no es posible ligar la estabilidad del orden democrático, o de la plena vigencia de las libertades, a la incierta e inestable expansión meramente económica. La identificación de los intereses, corporativos o grupales, como básicamente económicos recorta y amputa la compleja constitución de los principales sectores de nuestra sociedad, los que se han enfrentado una y otra vez por llevar a cabo alternativas polarizadas de marginación y exclusión, por concepciones y modelos diferentes de sociedad estructuradas en torno a distintas formas y estructuras de repartición de la escasez. Por estas razones, pensamos que un proyecto de reorganización de la sociedad chilena debe superar el fetichismo económico, o economicismo, y abandonar el recurso al mito del iluminismo desarrollista, que se encuentra a la base de formulaciones tan disímiles como las del "pacto social"; el "proyecto nacional", o las tentaciones "populistas" de ciertos sectores.

El abandonar el iluminismo desarrollista implica, también, abandonar el discurso y la retórica de fundamentación del proyecto alternativo en una ficticia abundancia futura. Indudablemente, un discurso político que en condiciones de agudización de la escasez prometa abundancia a mediano o largo plazo, podrá contar con amplias capas sociales de apoyo, más aun si junto a ella se propone la plena libertad política. Sin embargo, más temprano que tarde un discurso de este tipo deberá pagar la cuenta y, probablemente, al no
poder hacerlo enfrentará un largo período de insolvencia política; tal como sufrirá por largas décadas el discurso neo-liberal. 

Sí afirmamos la inviabilidad de las formas de organización capitalista de la sociedad como posibilitadoras de un orden político estable y descartamos como soporte de la misma el mito del iluminismo desarrollista, debemos afirmar una tercera premisa de reconstrucción democrática de la sociedad chilena, está es la necesidad de revisar la organización social en sus orígenes.

Decíamos que uno de los grandes damnificados por esta crisis ha sido el capitalismo. Esto lo decimos no sólo desde un punto de vista de la crítica a sus ineficiencias inherentes, sino que también lo afirmamos en relación a sus posibilidades de legitimación social. En la medida que ha sido imposible afirmar la equidad como regla básica, del funcionamiento del sistema económico hasta el momento, difícilmente éste puede aspirar a una legitimidad real. Del mismo modo, sus ineficiencias y desigualdades más agudas en las periferias, hacen de este proceso de legitimación vía equidad una aporía sin resolución. Nótese, en consecuencia, por este camino que el capitalismo se puede legitimar. Sólo podría aspirar a tal legitimación siempre y cuando pudiera expandirse a costa de incrementar la esclavitud en otras áreas, tal como lo hacen en la actualidad algunos pocos países recientemente industrializados.

Sólo en circunstancia fortuita o excepcional, en la misma forma, resultaría inconducente el regular políticamente al capitalismo, especialmente el periférico,
cuando no existe una previa democratización de la propia economía. Todo lo cual nos lleva a revisar el punto de partida de cualquier proceso democratizador.

Una revisión en profundidad de la sociedad chilena implica revalorar las condiciones existentes en este momento a la luz del proyecto que se intenta formular. En efecto, difícilmente se podría escapar a emitir un juicio de valor o ponderación sobre los intereses hoy día en juego. Si se reconoce que la actual crisis es en parte producto de la desproporcionada presencia política de determinados intereses económicos, la que llevó a romper el acomodo preexistente, es ineludible emitir un juicio sobre la ponderación que cada complejo de intereses debería tener en la nueva organización social.

Igualmente, si se reconoce que la crisis nacional se produjo producto de la hipertrofia de ciertos intereses económicos sobre otros, incluso al interior del bloque en el poder, no es posible congelar la situación y, por el contrario, es necesario definir la forma y peso de cada uno de éstos en una nueva estructura de organización. De la misma manera, no se puede aceptar que tengan la misma legitimidad que otros aquellos intereses desarrollados a costa de la total negación de sus opuestos en el mismo período. No puede reconocerse, en consecuencia, la legitimidad existencia de los "intereses creados":

Finalmente, si se acepta que tal hipertrofia de intereses se realizó a través de la destrucción del sistema...
político; se debe aceptar, de igual forma, que una de las condiciones para la libertad o redemocratización es alterar la configuración de intereses que se generó a través de tales mecanismos. De esta manera, es necesario destruir el conservadurismo de los pensadores liberalistas, apuntando a las raíces de la falta de libertad política, para desde allí y a través de la eliminación de tales obstáculos hacer que la democracia sea posible. Es un nuevo modelo el que se necesita, con un núcleo institucionalizador, siguiendo un camino de... En suma, nos parece que desde el ángulo que se deseen analizar las posibilidades de la democratización real es inevitable superar el empirismo de las afirmaciones que igualizan los intereses actualmente en escena. "La revisión de su vigencia, de sus pesos relativos y de la nueva estructura de relaciones, es una tarea ineludible de cualquier proyecto o fórmula de estabilización de orden político a futuro."

Una cuarta premisa, íntimamente vinculada con las anteriores, indica que la revisión de la totalidad social debe realizarse sobre la base de la afirmación de un nuevo principio de constitución de la sociedad política, tal es el principio de la distribución igualitaria de la escasez. En la medida que no es posible hacer del desarrollo y del crecimiento, del mito iluminista, la condición de existencia de la libertad política, es necesario afirmar la plena vigencia de la democracia como condición necesaria para evitar la agudización de la escasez.

El socialismo, como forma de organización económica, so-
cial y política apta para realizar el principio de distribución igualitaria de la escasez, debe asumir esta ineludible realidad y subordinarla a la plena realización de las libertades. Esto, a su vez, implica que los problemas aparentemente técnicos de la organización económica de la sociedad, o de las formas alternativas de propiedad sobre los bienes sociales y las estructuras de circulación de la escasez, deben quedar subordinados técnica y políticamente al nuevo principio organizador. Sólo de esta forma el socialismo podrá traducirse en una ética del trabajo y de organización de la solidaridad. Las alternativas de organización económica centradas en la polaridad propiedad/gestión privada versus pública, si bien permiten superar el maniqueísmo mercado/propiedad privada vs. planificación central/propiedad estatal, también deberían reflexionarse desde la perspectiva del marco institucional o político apto para asegurar la dirección social del proceso de acumulación sin reproducir los vicios de la centralización burocrática.

La reorganización democrática de la sociedad chilena encuentra en esta concepción de socialismo la posibilidad de conjugar la plena expansión de las libertades individuales y sociales, con los mecanismos de distribución realista e igualitaria del elemento que define esencial y empíricamente su ser social. De aquí su posibilidad de convertir la aspiración por un orden estable en una realidad efectiva.
la pre-existencia de la plena libertad política para hacer posible la eliminación de todas aquellas estructuras generadoras y aceleradoras de la escasez tanto absoluta como relativa. Esto implica, en particular, que a través de la libertad política conquistada se intente reestructurar la vida nacional en torno a este nuevo eje y, en segundo lugar, que la lucha por ampliar permanentemente la plena vigencia de la libertad implique la destrucción de todas aquellas estructuras y formas de relación que reproducen y agudizan la escasez en todos los niveles. Nos referimos tanto a la escasez económica, como política, cultural, alimenticia, afectiva o sensual. La ruptura de todas las trabas estructurales para la plena libertad se confunde en un solo proceso de eliminación de la concentración y centralización de beneficios y frutos tanto del crecimiento como del desarrollo económico y social en su amplio sentido.

En esta concepción de socialismo, que requiere mucha más elaboración, la política no desaparece en aras de un mito desarrollista, ni en una sociedad futura. La abundancia no constituye para él un concepto límite, ni una utopía irrealizable como tampoco un estado real. La política aparece, en consecuencia, como la realización o la puesta en práctica de la plena libertad para reestructurar la sociedad en la perspectiva de reducir la escasez e imaginar las formas de distribución que se consideren más aptas para su circulación igualitaria.

El socialismo como democratización social global, sin promesas de abundancia, asumiendo consciente y masivamente
la escasez, se constituye así en una nueva forma de organización social que posibilita un igualitarismo real a través de la eliminación de todas las barreras que lo impiden.

La idea de socialismo como distribución igualitaria de lo escaso no elimina la política, ni afirma la sublimación de costos en vistas a un estadio de abundancia y beneficio colectivo. La dialéctica social se ubica así en la confrontación cotidiana del conjunto de individuos y grupos sociales condicionados por el efecto simultáneo y combinado de la escasez sobre sus existencias. El motor de la historia no detiene su marcha, por el contrario, mantiene a la sociedad viviendo agitada por esta confrontación permanente pero en un orden político que adquiere estabilidad producto de la progresiva ampliación de las propias libertades y la eliminación de las vallas estructurales que la impiden. La dialéctica social termina, así, surgiendo del propio cotidiano.

En el plano de las alternativas de re-democratización para Chile esto significa la negación pública del iluminismo desarrollista y todas sus mitologías, así como el reconocimiento de que es posible lograr avances de estabilidad, siempre y cuando el reconocimiento de la escasez se constituya en consenso sobre la imposibilidad de evitarla y la necesidad de repartirla en forma igualitaria.
NOTAS


3/ Por crítica de izquierda entenderemos, a partir de este momento, la crítica anti-capitalista que se basa en el análisis marxista contenido en El Capital, tenga ésta connotaciones dogmáticas, oficialistas, aspiraciones de ortodoxia, o evocaciones revisionistas.


8/ K. Marx, op. cit.; p. 53.

10/ Tal es el sentido de las afirmaciones de J. Guzmán, cuando indica que: "de ahí que yo sólo vea una futura democracia de mesas estable para Chile, sobre la base de lograr que la generalidad de la ciudadanía participe de un desarrollo integral (económico-social) y educacional) en un grado suficiente para comprometerla con el sistema". "Democracia en desarrollo integral", Mensaje, N° 316, enero-febrero, 1983; p. 30.

En la misma dirección apuntan las declaraciones de A. D. Sakharov, miembro del Comité Central del PCUS, cuando afirmaba que: "Dada la situación económica y el insuficiente nivel de vida de nuestros trabajadores, no podemos acelerar el proceso de democratización de la sociedad". Citado por R. A. Medvedev, La Democracia Socialista. Editorial Francisco de Aguirre, B. Aires, 1974; p. 287.

Esta hipótesis de la libertad política se puede extender a otras libertades por igual.


21/ Coincidiendo con J. J. Brunner en caracterizar al socialismo como una ética del trabajo y de la solidaridad, pero entendemos a éste también como una ética redistributiva y una nueva forma de organización de la pro-


Aconsejado al difunto que se refiere al tema de la supuesta "signatura" que no existe, y aludiría a un "falso testimonio", se le dice: "¿Qué prueba tienes para afirmar lo que dices?" A la supuesta "signatura" de "falso testimonio", se dice: "Mentiroso, "signatura" falsa, el documento, "falso testimonio", etcetera."